

—¿No tienes ya bastante dinero, hijo? ¡No pintes más, que ya has trabajado bastante!

Y la madre vieja besaba tiernamente a su hijo con besos blancos como sus canas dulces.

El hijo le decía: «No, madre, cuando yo tenía que ganar dinero para ti, pintaba sin pintar; ahora, ya holgados, es cuando pinto; y no dejaré nunca de hacerlo. Mi arte es como tu religión. No se pinta ni se reza para ganar, sino cuando no se tiene qué comer; y aun entonces, si no hubiera que darle a una madre...».

—La religión es otra cosa, hijo.

El hijo se fue a su cuarto; y en la oscuridad abierta al blanquecino jardín húmedo que olía a jazmines con relente, se echó negro y cerrado contra la cama blanca y calló, calló mucho sonriendo.